

■ cuatro cuartillas

Piulachs, bisturí y poemas



Confieso que esta mañana hemos enterrado a uno de los amigos que más me intrigaban.

—¿Sabe usted que la imprenta me acaba de entregar los primeros ejemplares de un volumen de poemas que he escrito para los niños? —me dijo días atrás el doctor Pere Piulachs.

Mientras, en su piso de la Diagonal, lleno de antigüedades, un pintor estaba haciéndole el retrato, simultáneamente la esposa del retratista, escritora ella, le interrogaba acerca de su vida, pues quería escribirle la biografía.

Yo no entiendo nada en cirugía y no sé si Piulachs, como algunos afirmaban, era el primer bisturí español. Desempeñaba en la Facultad de Medicina de Barcelona la Cátedra de Patología Quirúrgica y sus alumnos, por lo menos los alumnos de diez o veinte años atrás, que fueron los que yo traté, hablaban de él con entusiasmo frenético.

—¡Piulachs! ¡Qué maestro! ¡Qué talento! ¡Qué hombre!...

No era solamente al profesor a quien adoraban, sino al caballero que en las clases, en los quirófanos, en estos momentos tan importantes y delicados, pronunciaba la palabra clave, formula la reflexión decisiva.

Naturalmente, un hombre así tenía que terminar en intelectual, en intelectual puro. Un libro suyo obtuvo el Premio de Poesía «Ciudad de Barcelona». Su discurso de recepción en la Real Academia de Medicina de Madrid al ir a ocupar el sillón reservado a los forasteros, un ensayo titulado «El sentido del dolor», es una pequeña obra maestra de filosofía.

Temo que, de haberle dejado los colegas, la familia y los enfermos, habría colgado ya, bastante tiempo atrás, el bisturí, sustituyéndolo por la pluma.

—De traer usted un solo libro más, no podremos entrar ya en el piso —amenazole el servicio.

Los libros los tenía por doquier, puestos en estantes a tres de fondo. Y no cejaba de comprarlos.

Un día le reclamaron a Madrid, para regresar el día siguiente. Se llevó simplemente la cartera de mano con el pijama y los útiles de afeitar. En el aeropuerto del Prat, esperando el avión, había atiborrado ya la cartera de libros. Y durante las veinticuatro horas que permaneció en la villa y corte, adquirió tantos que tuvo que comprar una gran maleta para poderlos trasladar a Barcelona.

Años atrás, cuando empalmaba una intervención quirúrgica tras otra hacía telefonar a un librero de viejo de la calle de Buters, diciéndole:

—No cierre, que ahora viene el doctor Piulachs...

El librero había llegado a aguardarle hasta las doce y media de la madrugada, dormitando, pero se despabilaba en el acto al ver que el cliente nocturno se le llevaba una edición antigua encuadernada por Panadero o bien otra joya bibliográfica.

En cualquier otro, semejante voracidad intelectual habría sido perjudicial para su carrera científica. Pero, Piulachs fue primero en todos los concursos y a los treinta y un años, y en las primeras oposiciones celebradas después de la guerra civil, obtuvo por unanimidad la Cátedra de Patología Quirúrgica de la Facultad de Medicina de Santiago de Compostela, que fue la primera que salió a oposición. Posteriormente ganó por concurso el traslado a Zaragoza, y luego vino a Barcelona, que era su ciudad y su ilusión.

Más de veinticinco obras científicas y más de cuatrocientos trabajos publicados, entre las primeras el «Tratado de Patología Quirúrgica» de texto en muchas Facultades de España y de América, amén de un «Tratado de Cirugía» escrito en inglés y publicado en Norteamérica, obligarían a suponer a una persona encerrada exclusivamente en el círculo de su especialidad profesional.

Pero estas suposiciones son lógicas para la gente normal, para los dotados. Pere Piulachs era un genio, he dicho ya que desconcertante. Del puesto de libros del campo de aviación llevábase, de antojárselo, una novela policiaca a cuya lectura dedicaba la noche entera. O bien la nueva edición de algún clásico, que se sabía ya de memoria, pero que engolosinado por la novedad, leíase de nuevo.

He escrito que los libros no le dejaban entrar ya en casa.

—Bueno, pues les buscaremos nuevos pisos exclusivamente para ellos —contestó a los quejosos familiares.

Y siempre con un aire entre bohemio y científico, que desconcertaba a los subalternos que no le conocían personalmente.

—¿Usted, doctor? ¡Vamos, hombre! —creo que le dijo con chunga un portero de la Seguridad Social, donde iba a operar cierto día.

Piulachs se había presentado a la puerta con su eterno libro, en una mano y agarrando con la otra un pedazo de queso, que era el desayuno engullido por el camiró.

Pues bien, este hombre que a algunos podía parecerles fantástico, para los enfermos, para los candidatos a la mesa de operaciones, era una segura esperanza. El día anterior a su inopinada muerte, sobrevenida instantáneamente con la tercera y definitiva campanada del infarto, que para él había ya sonado en dos ocasiones anteriores, en lugar de encontrarle cuidándose, trabajando poco, cual le recomendaban los cardiólogos, pues como decía, la víspera de su muerte estuvo tres horas interviniendo a un grave accidentado de automóvil y le salvó literalmente el pellejo y con el pellejo, la vida. Nada de reservarse, nada de dosificar el esfuerzo, nada de descansar. Murió en la biblioteca de su casa cuando tomaba un libro para acudir a dar clase a la Facultad. Y murió con la cabeza llena de poemas, esta vez dulces y tiernos, dedicados nada menos que a los niños.

Repito que esta mañana hemos enterrado a uno de los sabios más despistados que he conocido, y miren ustedes que he llegado a conocer a muchos, a muchísimos...

SEMPRONIO